

GEMA BONNÍN

**ESTRELLAS  
ERRANTES**

 NOCTURNA  
EDICIONES

© de la obra: Gema Bonnín, 2021  
© de los fondos: Rawpixel, NASA  
© de las ilustraciones del final: Victoria López, 2021

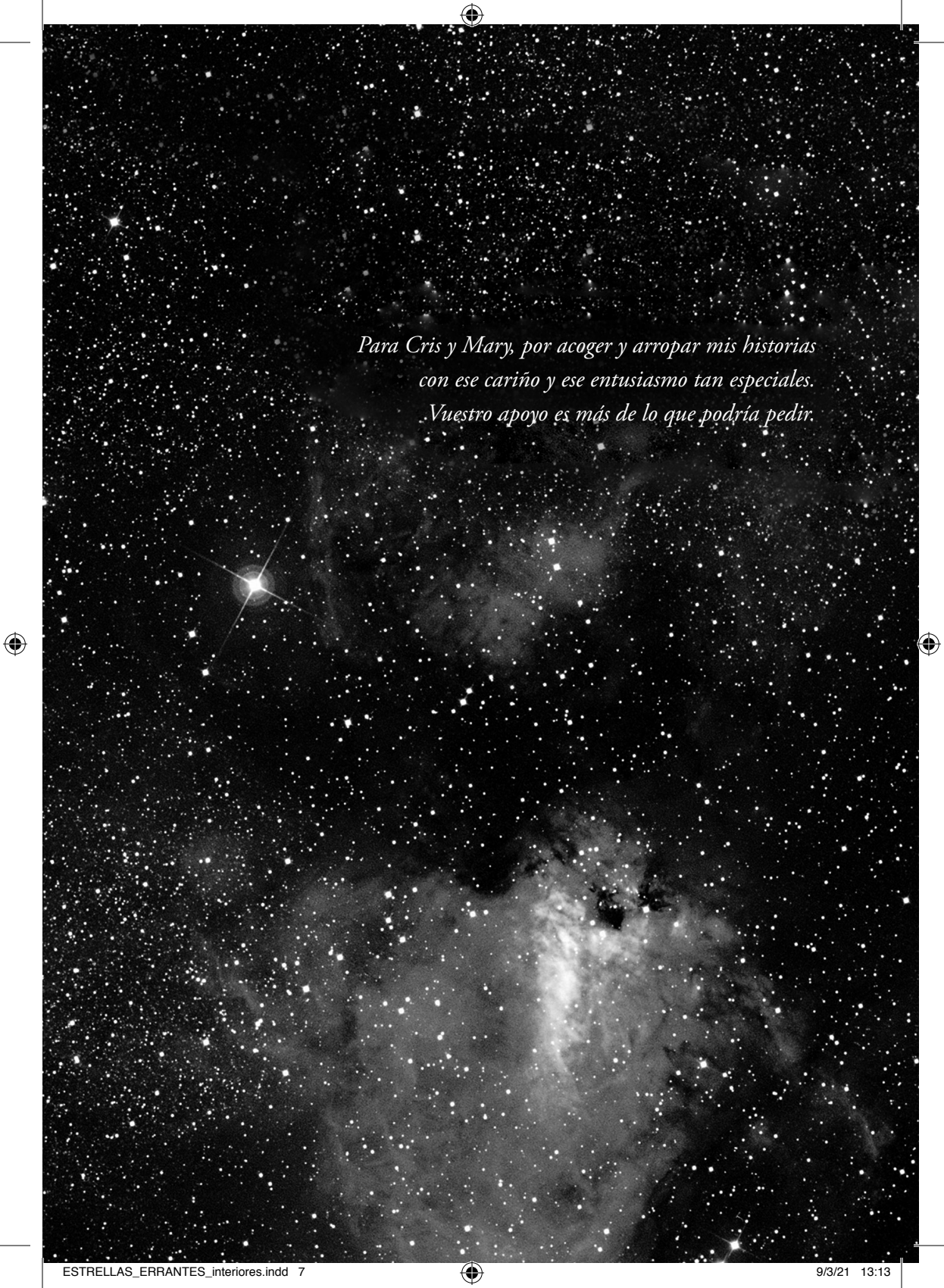
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2021

Preimpresión: Elena Sanz Matilla  
Impreso en España / *Printed in Spain*  
Técnica Digital Press

Código IBIC: YFB  
ISBN: 978-84-18440-00-7  
Depósito Legal: M-5517-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A black and white photograph of a starry night sky. The background is filled with numerous small, bright stars of varying magnitudes. In the lower half of the image, there is a large, diffuse nebula or galaxy structure, possibly the Milky Way, showing intricate patterns of light and dark dust lanes. A few stars are particularly bright and prominent, with visible diffraction spikes. The overall tone is serene and cosmic.

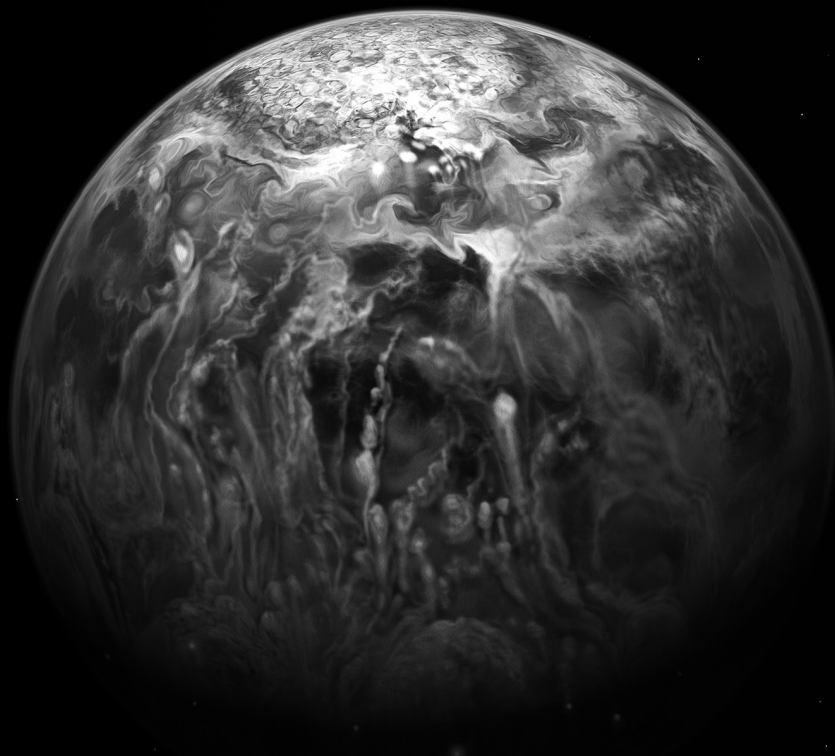
*Para Cris y Mary, por acoger y arropar mis historias  
con ese cariño y ese entusiasmo tan especiales.  
Vuestro apoyo es más de lo que podría pedir.*

*La oscuridad es generosa, y es paciente, y siempre gana...  
pero en el corazón de su fuerza reside su debilidad:  
una sola vela basta para mantenerla a raya.*

*El amor es algo más que una vela.  
El amor puede encender las estrellas.*

MATTHEW STOVER:

*Star Wars: La venganza de los Sith*



# Sistema Qantus

En la capital de un reino de Mitsval, la gente abarrotaba el mercado.

En Sunna, una de las metrópolis más grandes y demográficamente densas de Tásidar, tenía lugar un desfile.

Ambas ciudades eran muy distintas entre sí. No en vano pertenecían a planetas diferentes. La primera, con casas bajas construidas a base de argamasa, piedra y madera, estaba enmarcada por montañas verdes y bosques frondosos. Un enorme castillo blanco, con agujas doradas que coronaban cada torre, se alzaba en mitad del paisaje, rodeado de cascadas susurrantes bajo un cielo despejado.

La segunda era gris y metálica, y su único resplandor provenía de las luces que serpenteaban sobre la superficie de los rascacielos, de los anuncios holográficos que parpadeaban en mitad de la calle. Los vehículos flotantes avanzaban en filas perfectamente alineadas, dando una falsa sensación de orden.

En la primera era mediodía. En la segunda atardecía.

En una, primavera. En la otra, verano.

Dos planetas que giraban alrededor de una misma estrella, compartiendo órbita desde hacía milenios. Tan lejos. Tan cerca.

El desfile en Sunna consiguió reunir a una cantidad nada desdeñable de ciudadanos, que se apiñaron en las calles colindantes a la

avenida principal, por donde estaban pasando las carrozas y las naves urbanas con el fin de impresionar a las personalidades más influyentes de Mitsval. Para muchas de ellas esa era su primera visita a Tásidar. Entre los presentes había tanto embajadores como eruditos que se dedicaban a las relaciones con el planeta vecino y llevaban mucho tiempo viviendo allí; no obstante, aquel despliegue de medios y tecnología todavía lograba quitarles el aliento. El mero hecho de estar sentados en un palco flotante que se mantenía en el aire mediante turbopropulsores les seguía desconcertando.

Los festejos en su honor eran dignos de elogio. Las carrozas luminosas eran tan bellas como cualquier monumento de Mitsval, y el cielo estaba salpicado de las luces de la pirotecnia. La gente aplaudía con un entusiasmo encomiable. Docenas de carteles digitales daban la bienvenida a los extranjeros y abogaban por un acercamiento entre ambos mundos.

De pronto, en mitad del regocijo, aparecieron otras luces y otros fuegos acompañados por un estruendo ensordecedor y hostil.

El universo pareció detenerse durante unos eternos segundos que anticipaban el caos. Los vítores se convirtieron en gritos que ascendieron desde la calle hasta los palcos flotantes, que se retiraron a toda velocidad de sus respectivos puestos. Se activaron todos los dispositivos de seguridad de la zona. Uno de los dignatarios mitsvalenses se atrevió a asomarse por un flanco y vio el horror bajo sus pies. Incontables personas muertas, algunas irreconocibles a causa de la explosión... O explosiones. Era pronto para saberlo. Vio a un niño pequeño que lloraba a gritos, atrapado bajo una montaña de escombros y miembros cercenados.

La música se ahogó en el desastre en que acababa de sumirse aquella magnífica ciudad, ahora herida donde más le dolía.

Unos minutos después, a millones de kilómetros, en una ciudad mitsvalense llamada Livana, la gente compraba en la plaza. Inspeccionaban los puestos de los tenderos, donde algunos artículos expuestos procedían de muy lejos, aunque no lo suficiente como para que fuera ilegal comerciar con ellos. Envueltos en sus ropas largas y sencillas, caminaban despreocupados.

Entonces oyeron un fuerte ruido, como un trueno seco que hubiera partido la tierra. Y luego otro, y otro. Los gritos llegaron pronto, la gente empezó a caer sobre los adoquines y a teñirlos de rojo con su sangre. Sólo unos pocos presentes comprendieron lo que estaba pasando. Los atacantes de la multitud no eran simples bandidos blandiendo espadas, arcos y flechas, sino que llevaban unas armas mucho más sofisticadas. Armas que venían de ese otro mundo del que todos allí habían oído hablar, pero pocos atisbaban a imaginar.

Se trataba de las llamadas armas de fuego, unos artilugios que, en un reino como aquel, convertían a quienes las poseían en seres casi invencibles. Los atacantes vestían esa prenda, recientemente incorporada a su cultura, llamada pasamontañas. Sólo podían verles los ojos, y en ellos no había rabia u odio; tan sólo frialdad. Frialdad y cálculo, lo que revelaba que la masacre no era el fin, sino el medio. O eso creyó deducir una de las muchas mujeres a las que dispararon, justo cuando caía de rodillas con su verdugo a escasos metros de donde estaba.

Supo con una certeza pasmosa que, como ella, muchos perecerían antes de que la guardia de la ciudad lograra detenerles.

Y así, sin que nadie pudiera preverlo, el horror se apoderó de los dos planetas vecinos.



# 24 HORAS ANTES

# CAPÍTULO 1

## *Tar Nalux*

En contra de lo que la mayoría de la gente pensara, aquel antro de mala muerte estaba lleno de mentes brillantes y Niki lo sabía.

Tal vez *lleno* fuera una exageración, pero las había y eso bastaba. Si los rumores eran ciertos, allí encontraría a la persona capaz de confirmárselos, y no sólo eso, sino que le ayudaría a beneficiarse de ellos.

Arrugó la nariz. Hubo una época en la que estaba más que acostumbrada al aire viciado de esa clase de clubs, sobre todo durante su adolescencia. Con disimulo, se aseguró de que su pistola siguiera en la funda que llevaba sujeta al cinto del muslo. No sería la primera vez que se la sustraían sin que ni siquiera lo notara.

El local aglutinaba individuos de toda calaña: hombres y mujeres, la mayoría con atuendos oscuros y el contorno de los ojos ennegrecido con maquillaje para ofrecer un aspecto aún más amenazador. Niki hacía lo contrario: se pintaba una raya blanca en la parte inferior del párpado. Era un color claro de por sí, pero en su tez morena resaltaba todavía más.

Se detuvo junto al escenario, donde un hombre y una mujer bailaban sinuosamente. Tenían la piel cubierta sólo por una fina capa

de pintura fluorescente, y el movimiento fluido de sus cuerpos resultaba hipnótico en aquellas tonalidades magenta y cian.

Desvió la mirada y entrecerró los ojos con la esperanza de hallar lo que estaba buscando. No tardó en hacerlo. Con una sonrisa confiada, Niki se acercó a un joven no mucho mayor que ella, con gafas de sol, pelo de punta con las terminaciones de cada mechón teñidas de amarillo y una cantidad indecente de implantes cibernéticos junto a ambas orejas. Estaba concentrado en las imágenes que proyectaba ante sus ojos una pantalla holográfica.

Se detuvo delante de él.

—Fíjate, te encuentro justo donde te dejé la última vez —saludó Niki.

Él alzó la cabeza.

—Señorita Rendix —dijo, claramente satisfecho de verla—. Ya pensaba que te habías olvidado de tu viejo amigo Miraf. —Se recostó en el asiento granate que envolvía parcialmente la mesa circular a la que se había sentado—. Ponte cómoda, anda.

—No sabía que fuera posible sentirse cómoda en este agujero, pero puedo intentarlo. —Se sentó mientras Miraf profería una carcajada—. Por cierto, ¿qué te has hecho en el pelo? ¿Has perdido una apuesta o algo así?

—¿No te gusta? Vas a hacer que me eche a llorar, tu aprobación es todo a lo que aspiro.

La joven esbozó una media sonrisa.

—Sabes que disfruto con nuestros intercambios de sarcasmo, pero vamos a tener que dejarlos a un lado un momento. Necesito información.

—¿Sobre qué? Si hay algo sobre lo que merezca la pena estar al tanto, yo lo estaré, así que dispara.

—Sobre... —Antes de seguir hablando, Niki se aseguró de que nadie les prestaba atención—. Sobre un nuevo modelo de motor antimateria. Un modelo mejorado. Dura más, consume menos... ¿Qué hay de cierto en eso?

—Pero bueno, Niki, eso es de dominio público. ¿O es que las noticias importantes no llegan a ese paraíso tuyo llamado Axia Prime?

Niki suspiró al reconocer una nota de reproche en su voz. En Axia Prime se vivía infinitamente mejor que en Tar Nalux, todo el mundo lo sabía... Pero no todo el mundo tenía la oportunidad de comprobarlo, especialmente si nacías y te criabas en Tar Nalux. Ella era una afortunada excepción. Aunque en su caso no consideraba que la suerte hubiera tenido nada que ver.

—Nadie se lo cree porque la AMRA lo niega —dijo, pasando por alto la pulla.

Miraf se rio con desdén.

—La AMRA... Pues claro que lo niegan; no es cosa suya, ya les gustaría. Menuda panda de pretenciosos. Tienen recursos, tienen medios, pero ¿tienen cerebros capaces de sacarle el máximo partido a esos dos factores? ¡Ja! La mitad de los tíos que hay en este *agujero*, como lo has llamado, podrían competir en inteligencia con los ingenieros y científicos de la AMRA. Lo que pasa es que ninguno de ellos se siente cómodo con uniformes, con jerarquías laborales, con horarios o con la idea de cumplir las normas, así en general, y aquí están. En fin, qué te voy a contar.

—Eso digo yo, déjate de rollos y háblame de la nueva versión de los motores. ¿En qué consisten las mejoras?

—Trabajar motores antimateria es extraordinariamente complejo..., así que, aunque conseguí bastante información, no me enteré ni de la mitad.

Niki apoyó la cabeza en la mano y alzó una ceja.

—Dime, Miraf, ¿crees que eres el más tonto de este bar?

—Muy graciosa. La próxima vez, que te saquen de dudas tus muertos, ¿qué te parece?

Niki reprimió una sonrisa.

—Perdona. Cuéntame lo que sepas, va.

—Eh, eh, eh —cortó él, inclinándose hacia delante y alzando una mano como para pedir una pausa—. ¿Crees que trabajo gratis? No soy una ONG, ¿sabes?

Niki puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono cansado, arrastrando las vocales.

—Lo que quiere todo el mundo: pasta.

—Cuarenta perseis —ofreció Niki.

Él se cruzó de brazos y chasqueó la lengua con aire escandalizado.

—Con eso no me da ni para veinte litros de politrixeno.

—Es que ha subido mucho —repuso ella con indiferencia.

—Adáptate.

—Cincuenta y de ahí no me vas a mover. Tú mismo has dicho que este es un asunto de dominio público, puedo preguntarle a cualquiera sin que mi cartera se vaya a casa llorando.

—Sí, puedes sacarles algunas cosas a estos tarados, cierto. Pero nadie tendrá tantos datos como yo, eso también lo sabes.

Niki agitó una mano en el aire con desdén.

—Tampoco es que quiera tener todos los detalles, amigo mío —soltó—. Es más, vuelvo a bajar a cuarenta: o lo tomas o lo dejas, y te aseguro que no es un farol. Al fin y al cabo, yo sólo había venido aquí a esclarecer un rumor.

—Qué mentira más atroz. Si sólo fuera eso, no me habrías ofrecido dinero tan rápido.

—Es posible, pero eso no significa que esté dispuesta a dejar que me atraques. Habla o me largo y ya nos veremos.

Miraf se quitó las gafas, se llevó una mano a la oreja y pulsó un par de botones de sus implantes. Sus ojos, que habían perdido parte de su humanidad por las intervenciones quirúrgicas que le aportaban ventajas tecnológicas, emitieron un haz de luz de color rojo. La estaba escaneando.

—¿Se puede saber qué haces? —incredó ella.

—Comprobar que no llevas ningún dispositivo capaz de grabar esta conversación. —Hizo una pausa—. Apaga tu intercomunicador.

—Al otro lado está Kayl, no tienes que preocuparte.

—No me preocupa que Kayl lo sepa, sé a ciencia cierta que se lo vas a contar en cuanto pongas un pie en vuestra preciosa nave; lo que me preocupa es que se ponga a grabarlo desde allí o que la Guardia Nebular tenga intervenidas vuestras comunicaciones.

—¿Tan importante es lo que vas a contarme?

—Eso lo juzgarás tú; en cualquier caso, no quiero que nadie pueda usar en mi contra lo que te voy a decir. Sé que tienes una tendencia preocupante a meterte en problemas con gente con la que es preferible llevarse bien.

El semblante de Miraf ahora denotaba absoluta seriedad. Aun así, Niki enarcó las cejas e intentó convencerlo una última vez:

—Pero si llevo un año de tranquilidad absoluta, me estoy reformando.

—Niki, sin cachondeo. Apágalo.

La joven suspiró y colocó los dedos índice y corazón sobre su muñequera digital.

—Kayl —dijo sin apartar las pupilas de Miraf—, te dejo unos minutos.

—Recibido —le llegó la voz del otro lado.

El intercomunicador que llevaba en la parte interior de la oreja se apagó.

—Mira, te cuento esto porque creo que tú más que nadie tienes que saberlo. La versión mejorada del motor antimateria es algo en lo que están trabajando varias... facciones, por así decirlo.

—¿Facciones?

—Sí, incluida Supernova.

Oír aquel nombre hizo que un escalofrío le recorriera la espalda, pero no perdió la compostura. Forzó una expresión despreocupada y se pasó la mano por el cabello trenzado.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —El tono hostil de su voz traicionó el gesto relajado que se estaba esforzando en mantener.

—Esto no es todo. Fue Supernova quien presentó la idea al gremio de contrabandistas. Aunar fuerzas para obtener motores antimateria mejores que los que posee la AMRA por el momento, como ocurre con los sistemas de camuflaje informático.

A los sistemas de camuflaje informático recurrían todas las naves de contrabando para garantizar el éxito de sus misiones. El espacio transitable estaba repleto de controles de la Guardia Nebular, la policía que se encargaba de combatir la delincuencia en Qantus, por lo que no era fácil llegar a Mitsval, donde más se requerían sus servicios. Por eso los señores del crimen de Tar Nalux habían decidido aparcarse sus diferencias y rivalidades para dar con el modo de evitar los controles de la manera más eficiente. Así ganaban todos. Aunque en realidad las rencillas entre los distintos grupos les impedían ser honestos con sus compañeros cada vez que se producía un avance en materia de camuflaje de naves espaciales, pues querían aprovechar la ventaja para aumentar la competitividad de sus efectivos.

Luego estaban los lobos solitarios. Contrabandistas que operaban por libre, sin rendirle cuentas a nadie. Muchos ni siquiera tenían contacto con el gremio. Niki era una de ellos. Y su nave contaba con un inhibidor de frecuencias del que no podía quejarse, pero convenía revisarlo de vez en cuando para que la Guardia Nebular no la pillara por sorpresa. Hacerlo era posible siempre que supieras a quién acudir. Y Niki lo sabía. Si algo tenía, era contactos y la mayoría de allí, por lo que pasaba en Tar Nalux más tiempo del que le habría gustado. Aquella estación espacial era enorme, albergaba a casi cuatro millones de almas y casi la mitad vivía al margen de la ley. La otra mitad se dedicaba a oficios tan poco atractivos como la siderurgia o la minería en satélites y asteroides cercanos. Ahora ella vivía en Axia Prime, la estación residencial más grande y cómoda de todas, donde la gente no temía por su integridad física día sí y día también.

Sin embargo, siempre volvía a Tar Nalux, aquel mundo artificial de cielos rojizos y casas maltrechas. Niki tenía la sensación de que, por mucho que lo intentara, nunca lograría dejarlo atrás. Y esta sensación se intensificó con la mención de Supernova.

—Los sistemas de camuflaje eran necesarios —acertó a decir Niki al cabo de unos segundos de reflexión—. Los necesitamos para seguir trabajando. La Guardia Nebular está cada día más pesada con el tema del contrabando. Pero... ¿mejorar los motores antimateria? No necesitamos que nuestras naves vayan más rápido que las que fabrica la AMRA. No urge. ¿Por qué hacerlo? No tiene que ser nada barato. Toda la investigación que requiere...

—Ahí quería llegar... Resulta que Supernova no presentó la idea por amor al arte. Alguien acudió directamente a Sulvara y le dijo que sabía hacerlo, que sólo le faltaba respaldo económico.



Angelina Sulvara era la líder de la organización Supernova y una de las señoras del crimen más temidas y respetadas de la estación. Casi nunca se dejaba ver, pero quienes habían tenido la oportunidad de conocerla en persona aseguraban que su mirada de hielo te dejaba sin respiración. Tenía el control absoluto de ocho distritos, más que cualquiera de sus adversarios.

Por la expresión de Miraf, Niki sabía perfectamente qué debía preguntar a continuación.

—A Angelina no le pega nada concederle tiempo a un don nadie, por muy prometedoras que sean sus ideas. ¿De quién se trata?

Su interlocutor tragó saliva. Ahí estaba: la mala noticia. Miraf iba a contestar, pero se detuvo ante la llegada de una camarera. Vestía un bikini con colgantes que tintineaban, y sobre las partes de su cuerpo que quedaban al descubierto había delicados trazos de pintura brillante en formas geométricas. Con la mano derecha sostenía una bandeja repleta de vasos alargados y burbujeantes. La mujer los miró con una sonrisa.

—Corregidme si me equivoco, pero creo que lleváis aquí un rato y no habéis pedido.

—Ponnos dos de esos —dijo Miraf señalando la bandeja.

—Yo no quiero nada —dijo Niki.

—Hazme caso, sí quieres.

Niki no replicó. La camarera les sirvió y luego cogió a Niki del mentón con suavidad.

—Alegra esa cara, ojazos, y avísame si quieres una compañía un poco más placentera.

Ella esbozó una media sonrisa.

—Lo tendré en cuenta.

La camarera se retiró.

—Ligando tú más que yo, esto es inaudito —se quejó Miraf.

—Ya te he dicho que ese pelo no te favorece.

—No, si te acabaré haciendo caso...

—Venga, dame el nombre —insistió Niki.

Miraf apretó los dientes y pareció decidir que lo mejor era soltarlo sin rodeos.

—Weid Derios.

Niki no contestó enseguida. La comisura de sus labios se curvó en un rictus amargo. Transcurridos unos segundos, chasqueó la lengua y le dio un golpe a la mesa con el puño.

—Su puta madre... —masculló—. ¡Su puta madre!

—¡Shhh! Baja la voz, no te conviene llamar la atención.

—¡Valiente imbécil! Como me lo cruce, me lo cargo.

—Ahora cuenta con la protección de Supernova, Niki. Eres tú quien se la juega si te acercas a él.

La contrabandista bebió el líquido rosa y burbujeante del vaso que les habían servido momentos antes y analizó lo que acababa de decir su compañero. Miraf fue una de las primeras personas con las que se topó cuando se atrevió a dejar atrás su anterior vida, todo lo que conocía, para recorrer su propio camino. Dejar atrás, huir... En su caso, la diferencia era mínima y Miraf estaba al tanto. Sabía casi tan bien como ella misma cuáles eran sus circunstancias y qué le convenía hacer.

Y ahora tenía razón, pero esa certeza no servía para aplacar la ira que le ascendía por la garganta. Ira y temor.

# CAPÍTULO 2

## *Mitsval*

La familia Dier Namoreil llevaba tres siglos gobernando Limdal, uno de los reinos más prósperos del mundo. En los últimos años, con la incorporación de nuevas colonias a sus dominios, el poder de la nación había aumentado a un ritmo frenético. Por eso la heredera sentía vértigo. Un vértigo atroz. Y luego estaba el asunto de ese otro planeta con el que el suyo había empezado a dialogar.

De eso estaba hablando ahora con su preceptora, una mujer de treinta años nacida en Tásidar pero que vivía en el —para ella— primitivo Mitsval. No obstante, su visión estaba menos polarizada que la de la mayoría: se había criado entre ambas realidades, ya que sus padres eran unos importantes diplomáticos que trabajaban para suavizar las relaciones entre unos y otros. Por norma general, los tasidarianos no podían acceder libremente a Mitsval.

«Pero podrían entrar si les diera la gana y nosotros no tendríamos modo alguno de impedirselo», decía siempre el rey cuando estaba en compañía de su familia o junto a personas de su confianza.

Palvidia Rin, la princesa de Limdal, no tenía muy claro cuáles eran las ideas de su padre con respecto a las relaciones que debían establecer con el planeta vecino. Probablemente porque ni siquiera

él lo sabía. Ahora, la muchacha paseaba junto a su preceptora por los jardines colgantes del castillo, una estructura esbelta cuya arquitectura competía con los diseños más atrevidos e ingeniosos. Habían tardado más de cien años en construirlo.

Desde aquella altura podía ver el océano y a veces, si la brisa soplaba en la dirección correcta, le llegaba el aroma a salitre que tanto le gustaba.

—Y hasta hoy, que por fin nos hemos animado a tomarnos en serio las negociaciones —estaba diciendo—. El desfile de mañana en Tásidar tiene un valor esencialmente simbólico, pero es muy importante. Se retransmitirá en todos los televisores.

Rin sabía lo que era un televisor, se lo habían explicado, pero aún no lograba entender cómo funcionaban, cómo la gente que los tenía aceptaba su existencia sin más. Superficies sobre las que se proyectaban imágenes de cualquier índole, en movimiento, y que la mayoría de las veces correspondían a sucesos reales que tenían lugar en ese preciso instante. Una locura.

—Me pregunto qué le parecerá a mi padre.

—Yo me pregunto qué le parecerá Tásidar en general y Sunna en particular. Es una ciudad increíble. La primera vez que la ves siempre impresiona. Me impresiona a mí, que soy de allí, imaginaos.

—He visto fotografías.

—Se quedan cortas.

En ese momento, corriendo por uno de los caminos empedrados del hermoso jardín, apareció una niña. Palvidia Mei, su hermana pequeña. Se sujetaba la parte baja del vestido para no tropezar, pero trastabilló de todas formas.

—Cuidado, Mei —le advirtió Rin.

—Ya he terminado mis tareas por hoy, me he dado más prisa que nunca. ¿Cuándo vuelve padre?

—Todavía falta un par de semanas.

—Ah, bueno... Oíd, ¿qué ha ido a hacer allí exactamente? Nadie me lo quiere contar, dicen que no lo entendería.

Mei tenía once años, seis menos que Rin, y a ella empezaron a explicárselo todo cuando era aún más pequeña. Pero eso se debía a que era la heredera. Se haría cargo de la corona en cuanto su padre ya no pudiera continuar con semejante tarea, y para entonces tenía que estar más familiarizada que nadie con la situación interplanetaria que tenían entre manos desde hacía un par de décadas. No obstante, su hermana era lista y merecía estar informada. Que el papel que fuera a desempeñar en el futuro no fuera tan relevante como el suyo no significaba que hubiera que mantenerla en la ignorancia.

—Contádselo vos, alteza. Veamos qué tal lo hacéis —alentó Lintra con una sonrisa. Era ella quien se había pasado tardes enteras a su lado, aleccionándola sobre las diferencias entre ambos mundos y cómo habían empezado a relacionarse. Quería ver el fruto de su trabajo.

—Muy bien.

Se sentaron en un banco de piedra junto a una barandilla que las separaba del vacío. Mei miraba a su hermana mayor con ojos curiosos y brillantes, esperando una gran historia, una revelación sorprendente.

Rin recolocó la diadema en su pelo, cogió aire y la miró.

—Hace veinticuatro años llegaron del cielo unos extraños de procedencia desconocida. Hombres y mujeres que tenían poder para volar y viajar más allá de las nubes y las estrellas. No fue nuestro reino el primero que visitaron, sino que aterrizaron...

—¿Qué es aterrizar? He oído esa palabra, pero no sé qué es.

Rin se mordió el labio inferior.

—Es lo que hacen las naves cuando se posan en el suelo. Sus naves son como barcos que van por el cielo en lugar de por el agua.

—Sí, eso ya lo sabía.

—Bien, pues aquí cundió el pánico cuando llegaron. No sabíamos quiénes eran ni qué querían. Unos decían que eran una amenaza; otros, que se trataba de los enviados de los dioses. Al final ellos mismos nos explicaron que eran humanos provenientes de otro mundo.

—¿Cómo lo hicieron? ¿Hablaban nuestro idioma?

—Sí, eso es lo más sorprendente. Lo aprendieron. Resulta que antes de su llegada ya habían enviado sondas y aparatos para recabar información sobre nosotros. Ellos no podían venir porque su tecnología... Es decir, sus inventos aún no les permitían acercarse tanto o aterrizar de forma segura.

—¿Es muy difícil aterrizar?

Rin intercambió una mirada con su preceptora, que se encogió de hombros en un gesto divertido. Tal vez los adultos que le habían negado una explicación a Mei estaban en lo cierto y todavía era demasiado joven para comprenderlo. Devolvió la atención a su hermana.

—Hay factores a tener en cuenta. Cosas que nosotros no entendemos. Atmósfera, presión, gravedad... Ni siquiera yo me aclaro con esos términos.

—Ah —balbució la pequeña, absorta en lo que le estaban contando.

—Como decía —prosiguió la princesa—, los caminantes del cielo, como se les empezó a llamar por aquí, llevaban años estudiándonos y hacía siglos que sabían de nuestra existencia. Durante años y años, la gente vivió en su planeta sabiendo que había un mundo parecido al suyo no muy lejos y que en él había otros humanos.